

E. Ehrendost

Diario de un demonio



Editorial Alastor



Bajo una tiranía celeste



oche tras noche consultaba, a escondidas, tras encerrarme sigilosamente en una estrecha mazmorra que ofrecía la conveniente particularidad de carecer de abertura alguna que permitiese a la luna y a los cometas asomarse a su interior, aquel carcomido texto evangélico que por azar había caído en mis manos tantos siglos atrás; noche tras noche comprobaba, incrédulo, mientras el decrepito farallón de mi perplejidad se erguía cada vez más alto y enhiesto al arrojar su funesta sombra sobre mi alma desesperada, que aquellas palabras seguían siendo indudablemente las mismas y que los versículos bíblicos no habían sufrido alteración alguna en su unívoco e insobornable sentido. Apagaba entonces mi lámpara de aceite y, acurrucándome en un rincón de la mazmorra, dejaba escapar un sinfín de quebrados sollozos en medio de las tinieblas, desconsolado, tras lo cual me entregaba a lúgubres y devorantes reflexiones por el resto de la velada. ¿Podía ser posible? La prueba estaba ahí, incontrastable, en esa fatídica página que todas las noches me precipitaba a arrancar convulsamente de ese volumen mentiroso y que acercaba luego al fuego, con garras temblorosas, hasta verla consumirse por completo entre las llamas, pero que al día siguiente aparecía de nuevo encuadrada en su lugar habitual, ostentando, incólume, ese impiadoso texto que me trituraba el corazón como el mortero tritura el cardamomo. Y así como las potencias ígneas de las llamas se mostraban incapaces de destruir para siempre esa página terrible y victoriosa que de mí se burlaba, así mis tortuosas cavilaciones y vanos subterfugios se probaban incapaces de sofocar la espantosa verdad cuyas implicaciones destrozaban mi espíritu cada noche: el mismo Dios que, a través de su Hijo, ordenaba en esos versículos a los humanos ofrecer la otra mejilla ante cualquier ofensa recibida, a mí me había partido sin más la cara en dos con un rayo a la primera transgresión. ¡Su otra mejilla había brillado por su ausencia! ¿Es que acaso hay una ley distinta para dioses y hombres, más laxa para el más fuerte y más severa para los más desprotegidos? Si pusiera toda mi imaginación en ello, no encontraría jamás una manera más monstruosa de graficar tan perfecta y acabadamente la glorificación absoluta del concepto mismo de injusticia. No estoy diciendo con esto que los hombres tengan que exigirle a su propio Dios que les dé el ejemplo de cómo comportarse, pero por

Altar de la desesperanza



odo es sagrado en este monasterio, pese a que no haya aquí más que cadáveres apilados y un blanco altar manchado de sangre. No se venera en la iglesia de mi alma otro dios que el de la muerte, ni puede descubrirse en mis ojos devoción alguna que no sea la devoción por el dolor. Pero ¿es que acaso me ha sido designada por el destino otra cosa sino dolor desde aquella fatal caída acaecida en tiempos que mi mente, al hojear apresuradamente las amarillentas y carcomidas páginas del libro de la memoria, no se atreve a frecuentar? No, ni lo será jamás; y aclaro que digo esto sin desconocer en lo absoluto que ningún pesimismo es ingénito, pues sólo se trata de un simple mecanismo de defensa contra las agonías de la esperanza al que nos abandonamos los que consideramos, tras un instante de madura reflexión con los ojos clavados en la decrepitud estelar del cielo nocturno, que ya hemos sufrido demasiado. La experiencia nos ha enseñado a recelar del optimismo y de sus vanos sonajeros. Así pues, puedo confesar, sin temor a ofender a nadie, que, de todos los males desatados por la funesta Pandora, no ha existido jamás sobre la tierra ninguno peor que aquel que, con tanta malicia cuanta pereza, se quedó dormitando en el fondo de la caja que su mano abrió. ¡Aléjate de mí, estúpida Esperanza, que arropas en las cálidas mantas del humilde consuelo a los hombres sencillos que no hacen excesivo uso de su cerebro, pero que eres veneno y espada en el brioso y piafante corazón de los espíritus pasionales y malditos de aquellos cuya vida no es sino un constante y estéril desear! Te lo diré con palabras directas y contundentes: no te soporto, amiga, no te soporto. ¿Es que nunca habrás de dejarme solo, satisfecho en este lóbrego monasterio de dolor del que ya no deseo salir jamás? Quizás los demonios estemos en este mundo sólo para sufrir y para transformar ese sufrimiento en arte, arte que servirá de consuelo a todos los demonios que en un incierto futuro nos sucederán y que heredarán, conforme a la más férrea ley testamentaria, hasta la última parcela de nuestros vastos dominios de locura y de pesar. Pero, sea así o no, ¿por qué diablos debo soportar tus reconvenções y observar esos coloridos aunque engañosos tules que haces ondear neblinosos ante mí? No es como tú crees, lo niego y lo vuelvo a negar: no endioso mi dolor; tan sólo he dejado de buscar la tosca felicidad animal que el género humano persigue sin cesar. ¿Es

El suicidio de las centurias



ajo una gélida luna que parecía observarme con rostro acongojado desde más allá del universo, encaminábame yo, abriéndome paso como una sombra espectral por entre los feroces vientos de locura y perdición que barrián aquellas vastas planicies de nieves eternas, hacia el olvidado cementerio de los tiempos, hórrido camposanto en el que se llevaría a cabo el entierro secreto. La noche, azotada por los inclementes vendavales del blasfemo demonio de las tormentas, sembraba el mundo de pálidas lágrimas mientras el lamento de toda la naturaleza entera rasgaba los cielos. El cosmos estaba de luto, y la vida y la muerte, depuestas las armas de su sempiterna batalla por un breve instante de tregua, conducían aquel coche fúnebre en silencio, apenas fustigando el elegíaco tiro de caballos. Todas las esencias superiores del universo congregábanse en aquel lugar, lastimando el aire con sus desconsolados sollozos y suspiros, y no fue menor el estupor general que causó entre ellas el creciente rumor de que se me había visto incluso a mí, eterno rival del difunto, dirigiéndome a aquellas tierras a fin de despedir también, como uno más, esos venerables restos mortuorios. No sabía por qué lo hacía, aunque entre mis primeras impresiones ya había identificado con quirúrgica precisión la inequívoca existencia de algo luctuoso y melancólico en la repentina conciencia del súbito deceso de un enemigo. Quizás el débil humano, pequeño y rencoroso como un escorpión, no lo entienda, pero yo sí: un guerrero no puede sino lamentar el temprano suicidio de un digno adversario con el cual ansiaba volver a medir pronto sus cada vez más desbordantes fuerzas. Por eso, oh, tú cuyas vacías cuencas oculares me observan, con espanto y desazón, desde el escritorio en el que deposité hoy tu cráneo tras profanar como un ladrón aquella sagrada tumba: puedes creerme si te digo que mi dolor entonces era sincero. La aureola de la más honesta aflicción tocaba como el laurel los ya escasos y canosos cabellos de mis sienes, y no era sino sintiendo un enorme peso sobre las cavernas subterráneas de mi atribulado corazón, y con los ojos algo vidriosos, que caminaba yo entonces hacia la que sería tu última morada. Y es que en el fondo, Dios, te entendía: déjame manifestarte, con la misma gravedad con la que los altos espíritus mantienen sus sobrios diálogos y encendidas disputas en los augustos salones senatoriales, que en tu lugar yo tam-

Azotado por fáusticas tormentas

Por cuánto tiempo habían padecido mis entrañas el aterrador martilleo del hambre, mientras mi cuerpo era presa de los tenaces grilletes de la pobreza! Imposibilitado, por mi naturaleza esquizoide y mi aspecto truculento, de obtener un empleo en el mundo de los hombres que me asegurase siquiera las mínimas bondades de un estipendio vil que resultase, no obstante, suficiente para arrastrar las cadenas de una existencia penosa sobre las húmedas callejas de los más sórdidos rincones de la Tierra, afanábase mi cada vez más debilitado intelecto, abriéndose tortuoso paso a través de los agudos dolores propios de una inanición prolongada, por encontrar una solución al problema de mi inextinguible falta de recursos que no estuviese sujeta a la ignominiosa caída en el proceloso maelstrom de una indigencia mendicante. Famélico, desesperado por las acuciantes necesidades propias de una triste aunque digna y silenciosa miseria, mi alma atribulada había llegado ya a concebir el insensato plan de entregar el fuego divino a los hombres a fin de que Zeus, en su inmisericorde castigo, me enviase la tortura de un águila que me devorase las vísceras de manera cotidiana y aliviase así, jornada tras jornada, mis punzantes sufrimientos siquiera momentáneamente, hasta que mi estómago se viese reconstituido y, junto a él, las agonías de un apetito siempre insatisfecho. Mis mandíbulas, cada vez más magras y hambrientas, no osaban emitir quejido alguno ante la humanidad impiadosa, y, de ese modo, enfundado en los negros mantos de un loco orgullo, con mi ceño siempre furioso y no desprovisto de las insoslayables señas de un profundo desdén, transitaba yo solitario por entre las vertiginosas multitudes sin que nadie acertase a sospechar que el hambre batía sus esqueléticas alas poderosamente y sin cesar a mis espaldas.

No fue de extrañar, pues, que, ante tal estado de situación, considerase yo como una inesperada bendición el irrecusable ofrecimiento laboral que me hiciera llegar entonces el melancólico aunque imprudente doctor Fausto. Me apersoné en su gabinete de estudio, al cual su ayudante Wagner me hizo pasar sin mayores dilaciones, y no tardé en formalizar mi situación por medio de un contrato temporal a prueba que fue solemnemente firmado con sangre por ambas partes. No fue menor el estupor de Fausto, que muy a mi pesar me recordaba más al sobrio Goethe que al ardiente Marlowe, al advertir que no era su alma

Contrapuntos de luz y tinieblas



on varios ángeles sentados sobre su regazo, y muchos otros rodeándolo a sus pies, entreabrió un día Dios sus fauces ciclópeas y rompió a decir cuanto sigue, sin sospechar que yo lo escuchaba oculto tras un jirón de negra nube de tormenta:

«Tuve un amigo. Lejos de ser nuestra amistad hija de la casualidad y de las mudables leyes del azar que aun a mí me resultan inescrutables, lejos de ser nuestra camaradería producto del caprichoso e imprevisto cruce de nuestras respectivas sendas existenciales, yo mismo habíale creado acorde a mis divinas necesidades, aunque atento también a las suyas, depositando en él, con pródiga mano, todas las nobles cualidades y radiantes virtudes necesarias para establecer, entre ambos, un profundo amor poco menos que de hermanos. En la balbuceante aurora de su vida, corrió él a mi abrazo y, dejándose bañar por mi luz y por el salutífero torrente de mi bondad y sabiduría, no tardó en profesarme una devoción tal que no era raro descubrir lágrimas de agradecimiento resbalando por mi incrédulo rostro. ¡Cuán solitaria es, necesariamente, la existencia de un dios todopoderoso! Pero, desde el preciso instante de su ansiado arribo, mis caminatas y mis paseos por los florecientes prados de la vida dejaron de discurrir en silencio, mi admiración por las bellezas que yo mismo creaba dejó de atorarse en mi pecho sin encontrar cauce de salida en la maravillosa posibilidad de compartir y contrastar impresiones con un semejante, mis penas y mis alegrías encontraron por fin un oído comprensivo, y mis más alocados y extravagantes proyectos hallaron (¡loado sea el Cielo!) el apoyo y la fuerza de una mano siempre amiga. No eran idénticos nuestros temperamentos, sino que, surgiendo con recia nobleza de un común tronco de luz y de amor, se escindían y bifurcaban en el punto exacto para conformar esa delicada armonía que nace y se nutre de los contrarios, así como una nota musical se embellece y reafirma en el concurso de su tercera menor. Solía yo señalarle la milagrosa hermosura de las flores y de todas las innúmeras glorias que son hijas del sol y de sus rayos benefactores, y él me hacía

Víctima de una posesión angelical



n paño húmedo cubre mi frente, aún presa de unos leves vestigios de temperatura febril. Me repongo, en lenta convalecencia, de una de las enfermedades más complicadas y peligrosas que mi minado organismo haya debido afrontar alguna vez. ¡Y pensar que, como tantos otros estragos de refinadísima factura, esta dolencia que acaba de atacarme fue en sus orígenes una creación más de mi perverso intelecto, siempre diligente a la hora de elucubrar nuevos ardides de sofisticada venganza contra los poderes del Señor! Así es: no puedo dejar de reconocer, en lúgubre jactancia y demencial vanagloria, que fui yo mismo el talentoso artista del pecado que, como un diestro orfebre de perfidias, concibió por vez primera la demoníaca idea de conducir a los hombres a la perdición y a la locura, y de sembrar el terror y el caos a su alrededor, a través de la intrincada técnica de arrinconar sus almas en un sector muy periférico de sus mentes con el objeto de, merced a ese violento desplazamiento espiritual, hacer de sus cuerpos indefensos una rústica aunque rápidamente corrompida morada para el recreo de nuestras negras esencias infernales. ¡Ah, cómo me solazaba en aquellos sanos ejercicios primerizos en los que adiestraba y fortalecía, gozoso, todo ese nuevo y prodigioso abanico de habilidades que se abría a mi horizonte en los numerosos trucos y secretos del difícil arte de la posesión diabólica! Retorcer a las víctimas de dolor, contorsionar sus miembros más allá de las posibilidades de sus articulaciones, maldecir en sorprendentes lenguas por medio de bocas incultas, vomitar cataratas de sangre, inmundicias y blasfemias, manifestar siniestros estigmas crucifixiales, levitar, generar una fuerza sobrehumana a partir de débiles miembros, sacar monstruosas resonancias del tañido de delicadas cuerdas vocales, iniciar toscos cerebros en las arduas prácticas de la telequinesis... sí, lleva años alcanzar el perfecto dominio de tan aparatosas aunque exquisitas destrezas de martirio y de maldad, pero, genio y figura, no fue mucho lo que tardé en volverme un consumado maestro en el acabado control de tan complejas acrobacias. No bien se propagó por el Hades la noticia de mi hallazgo, mis ejércitos abandonaron en tropel la gris y pesada monotonía letárgica de las márgenes estigias, raudos como aves migratorias en busca de las deliciosas promesas de una naciente primavera, y, abocándose sin demora al aprendizaje sistemático de las

Los misterios del gusano



xtrañas voces resonaban de continuo en mi cabeza. El fenómeno me acompañaba desde las más tempranas etapas de mi pubertad, y, si bien siempre había fingido no concederle la menor importancia, lo cierto es que a menudo me dejaba ganar por el temor de que algún día mi cordura se viese finalmente quebrada. ¿Me estaría volviendo loco? ¿Qué podía significar esa incesante sinfonía coral de contrapuntísticas vocecillas que vibraban en mi cráneo, como una enloquecedora gota china, y que horadaban mis nervios hasta el punto de suponer ya una verdadera amenaza para el cada vez más tambaleante equilibrio de mi desfalleciente sanidad mental? ¿Es que nunca querrían callarse de una vez? Por mucho que golpeaba mi cabeza contra los muros, emulando la recia contumacia con la que el ariete embiste los portales de un castillo asediado, me resultaba de todo punto imposible apagar ese babélico pandemonio de susurros para envolverme por fin entre las salutíferas alas del silencio. La paz era un bien desconocido para mí, y, aunque ninguna de esas evanescentes voces me ordenaba matar, lo mismo me entregaba al ejercicio del asesinato para intentar paliar un poco la colérica furia que engendraba en mi ánimo esa ruidosa injusticia labrada en contra de mis atribulados lóbulos cerebrales. ¿A qué podía deberse ese odioso taladro de acentos que, reales o imaginarios, invadían noche y día mi mente a través del más variado surtido de timbres y tonos, abarcando con holgura todo el extenso rango de las tesituras vocales registradas por el oído humano? A la hidra de mi conciencia no podían esas sibilantes modulaciones pertenecer, puesto que, como un Heracles jugando con las serpientes enviadas por Hera, había estrangulado todas sus cabezas ya en mi cuna. ¿Obedecería acaso ese funesto calidoscopio coral a los fantasmagóricos intentos por ingresar a este mundo de las almas de mis víctimas, que, azuzadas por las negras erinias de justicia, me perseguían vengativamente con sus lamentos quejumbrosos? ¡Ay!, ¿y es que nunca, nunca querrían callarse de una vez? ¡Deponed ya vuestro inútil acoso, vagas inflexiones espectrales que en vano intento alejar pegando manotazos en el aire circundante: no me arrepentiré de aquello que he perpetrado! ¿Qué venís a hacer a este mundo del que ya habéis sido expulsadas por mi mano, como espíritus errantes que retornan en la noche para reclamar las heredades de las que alguna vez

Visitante paranormal



os fenómenos inexplicables se sucedían unos a otros sin cesar. Desde que me había mudado a aquella vieja mansión, mi vida cotidiana se veía perturbada casi a diario, y a menudo de muy enojosas maneras, por sucesos misteriosos en los que parecía palpitar un aura sobrenatural. Las noches podían transformarse en un verdadero infierno, y a veces conciliar el sueño se volvía una empresa extremadamente difícil. Voces y aullidos de ultratumba que hacían resonar sus ecos en deshabitadas estancias; objetos que cambiaban caprichosamente de lugar sin el más mínimo respeto por permanecer allí donde habían sido dejados la víspera; súbitas ráfagas de aire helado que invadían de manera incomprensible algún puntual aposento; un clavicordio que ejecutaba siniestras melodías arpegiadas a medianoche sin que nadie lo tocara; luces muy similares a fuegos fatuos que se desvanecían en la nada cuando se las seguía a través de los corredores; sombras fugaces que se cruzaban por el campo visual como digitadas por cineastas mediocres... todo me empujaba a concluir que la mansión había sido invadida por alguna larva o espíritu maléfico. ¿Habría acaso muerto alguien allí de manera violenta en tiempos remotos? ¿Habría habitado en la casa alguna perversa bruja, haciendo de aquella morada el teatro de sus negras invocaciones necrománticas? ¿O, ya bien, habría entrado un grupo de imprudentes púberes alguna noche a fin de entretenerse con una tabla ouija? Era imposible saberlo, pero el demonio, espíritu o trasgo que, de manera unilateral, había decidido convivir conmigo estaba volviendo muy problemática mi residencia en aquella vetusta aunque lujosa casona. ¿Sería acaso una erinia, que así me acosaba por algún crimen perdido en la noche profunda de mi anquilosada memoria? Un horlá no podía ser porque siempre al despertarme encontraba intacto mi vaso de agua. Tampoco parecía obedecer el fenómeno al vindicativo fantasma de un niño liado que clamaba por justicia, pues una inspección minuciosa de los altillos poblados de profusas telarañas no había arrojado el hallazgo de silla de ruedas alguna. ¿Cuál podía ser, entonces, la razón de que, según aquellos extraordinarios sucesos hacían suponerlo, estuviese yo habitando en una mansión a todas luces embrujada? Por lo pronto, se hacía imperioso solicitar cuanto antes los servicios de un sacerdote para que llevase a cabo una exhaustiva limpieza energética del lugar.

El veneno más letífero



e deslizaba aquel mediodía por el prado, como tantas otras veces, en mi majestuosa forma de serpiente. Me agradaba adoptar aquella piel porque me permitía recrearme entre las innúmeras glorias de la Naturaleza sin levantar sospechas ni llamar la atención de nadie. Encontraba cierto solaz en contemplar los multiformes objetos del mundo así, confundíendome entre las demás bestias terrenas para pasar desapercibido a los profanos ojos del orbe. Es lógico que un demonio a veces quiera disfrutar de su tiempo en soledad. Sin embargo, aquel día percibí de pronto que unos arbustos a mi lado se movían. Repentinamente, noté que un ser desconocido los hacía a un lado y se quedaba, suspenso, observando la rutilante belleza de mis lustrosas escamas. Intenté alejarme, pero la ignota criatura comenzó a seguirme, por lo que la increpé en los más rudos acentos que se me vinieron a la mente. La entidad puso cara de profundo asombro y, tras unos instantes de estupefacción, rompió a decir:

—Nunca antes había visto que un animal hablase en el idioma de los humanos. ¿Acaso no serás tú el Maligno, aquel contra el que tanto nos advirtió el arcángel Miguel?

—Sólo soy una criatura de Dios, y, si sus lacayos me consideran maligno, quizás deberían preguntarse por qué su propio Creador ha engendrado el mal: la Providencia podría haberme hecho un poco mejor. No es mi culpa si Él no es bueno en lo suyo y los productos salidos de su infatigable fábrica de la vida no cumplen con las normas de calidad necesarias ni alcanzan a cubrir las exigencias de siquiera los más mínimos estándares morales. Pero te saludo, hija de la costilla: ahora que has hablado sé quién eres y por qué estás aquí.

—Me gusta pasar tiempo en este lugar. Esta parte es sin duda la más hermosa de todo el Edén.

—También la más mortal, si ese árbol es el que yo creo.

—Siempre vengo a contemplar ese árbol. No crece aquí nada que sea más bello que sus frutos, siempre brillantes, siempre rojos.

—Y nada tampoco que sea más nocivo.

—¿Tan mala es la muerte?

—Me refiero al conocimiento. Y a la tristeza, que es su más directa consecuencia. La muerte en realidad es sólo la cura. Mejor harías en nunca acercarte a él y ser feliz en tu paraíso de ignorancia.


La ordalía divina



Enormensas eran las calidoscópicas y variopintas multitudes que se habían apiñado a lo largo de las tortuosas calles de la aldea para ver pasar a Dios en su singular auto de fe. Desde la purpúrea opulencia de la nobleza en los balcones hasta la desdentada curiosidad del pordiosero en el barro observaban, con mudo asombro, el lento avance del Eterno, que marchaba en medio de la procesión ataviado con un sambenito lleno de dibujos de llamas ardientes y una alta coraza roja sobre su cabeza. Yo cerraba el cortejo, con el pecho inflamado por un satisfecho sentimiento de justicia, puesto que yo mismo había acudido a la Santa Inquisición para formalizar la denuncia en contra de Él. También había instruido a numerosos de mis acólitos para que, en medio de las torturas a las que los sometían los inquisidores al atraparlos, lo señalasen como cómplice. ¡Es que mi mente bullía de furia cada vez que una bruja era quemada por utilizar sus negras artes para matar el ganado de un vecino o hacer caer granizo! ¿Cómo podía ser que esos modestos prodigios le valiesen ser ejecutada en nombre del Inventor mismo de las tormentas y la muerte? ¿Acaso el crimen que se les imputaba era el de violar sus derechos de Autor? Si alguien hacía caer un poco de hielo y destruía un pequeño sembrado, lo ejecutaban; si hacía caer un diluvio y destruía a todos los hombres del mundo salvo a dos o tres, lo adoraban de rodillas. ¿Es que esperaban que yo no reaccionase? Castigaban a la que adelantaba unos pocos años el deceso de una vaca y premiaban a Aquel que, en el inicio de los tiempos, había creado la muerte y sentenciado a esa y a todas las vacas futuras a morir. ¿Y cuántas brujas habían alimentado las hogueras por causar, con sus maleficios, la esterilidad a alguna vecina a la que enviaban? Incontables. Pero Dios, que había hecho estériles a millones de personas y matado a millones de mujeres al dar a luz y a millones de niños en su cuna, seguía impune. ¡La desproporción en el tratamiento de ambos crímenes era flagrante! Alguien tenía que ajustar un poco las cuentas, de modo que puse garras a la obra y pasé a la acción. Presenté al Santo Tribunal pruebas incontestables que demostraban, más allá de toda duda razonable, la complicidad de Dios en todos los crímenes cometidos por el hombre: si realmente era presciente y todopoderoso como se aseguraba, entonces conocía de antemano cada mala acción que habría de realizarse en el mundo y contaba con todos los medios

El Evangelio según Lucífer

CAPÍTULO 6

1  ntonces, guiado por su propia locura y por su odio a los mortales, ² el Enemigo decidió retirarse al desierto de hielo, y entre esas desolaciones vagó por cuarenta días. ³ Y como en todo ese lapso no viese alimento, presentósele el Hijo de Dios con el claro propósito de tentarle. ⁴ Y acercándosele le dijo Jesús: «Arrepiéntete y haré panes de esas piedras». ⁵ Pero respondióle el vil Demonio: «He experimentado más hambre en las ciudades, rechazado por el hombre al que a salvar has venido. ⁶ Guarda tu sucio maná para tentar al débil esclavo de su vientre, pues yo soy amo de mi espíritu». ⁷ Y el Salvador insistió diciendo: «Solo estás. El frío y el hambre te laceran, y la agonía se ha aposentado en tu semblante. ⁸ Sígueme y yo te reconfortaré; pues, como hijo pródigo que retorna al hogar paterno, nada habrá de faltarte». ⁹ Mas respondióle la Bestia: «Solo nací, solo viví y solo moriré. Ve a los menesterosos, que yacen pisoteados por tu Padre a la vera de los caminos. ¹⁰ Ninguno de los falsos cordiales que como solución ofreces al incauto me hará prosternarme de nuevo ante la oprobiosa tiranía de tu Dios. ¹¹ Conozco tus engaños, y conozco el resultado final de tus pócimas milagrosas, cuyos efectos secundarios incluyen siempre la esclavitud espiritual. ¹² Sigue de largo, Zombie del tercer día, pues ninguna de las panaceas y baratijas que vendes en tu carromato de falacias me hará inclinarme agradecido ante ti». ¹³ Pero como el Mesías rehusase a darse por vencido, su discurso así renovó: «Páreceme que es mayor y más frío el desierto de tu corazón que este que ahora pisamos, ¹⁴ pues nada crece allí donde no hay amor. Más fácil he encontrado devolver la vida a Lázaro que restituirla a tu pecho. ¹⁵ Pero, si dejases entrar algo de luz a la tenebrosa celda en la que tu propia alma has encerrado, podrías con azoro encontrar el perdón y la misericordia que ya no esperabas». ¹⁶ Y a esto el abisal Carcelero replicó: «Bien sé que el Tirano vende perdones a cambio de sórdidos estípidos o conmuta penas al precio de una postrada sumisión. ¹⁷ Y tampoco desconozco cuál es su misericordia sin igual, producto de una vanidad que anhela ser la única digna de alabanza y se abstiene por ello de crear misericordias superiores a la suya... ¹⁸ si es que como tal podemos considerar a la que por centurias he contemplado entre los desgarradores tormentos del negro Orco, siempre pletóricos de

Índice

DIARIO DE UN DEMONIO	
Prólogo.....	7
LIBRO I	
Crucificado por el pasado	13
Bajo una tiranía celeste	17
Gangrenas del alma	21
La mascarada infernal.....	23
Plegaria a la luna.....	27
Manjares de la divinidad.....	31
Génesis de una caída.....	35
El llanto de las musas.....	39
El microbio deificado	43
Cacerías metafísicas.....	47
El voyeur de las nubes	51
Altar de la desesperanza.....	57
LIBRO II	
El vástago luciferino.....	63
Soledad de un alma errante.....	67
Réquiem para una valquiria	71
El suicidio de las centurias	77
Azotado por fáusticas tormentas.....	81
Soliloquios de un ángel caído.....	87
La peste negra espiritual	91
Mártir de vidas pasadas.....	95
Oda a la decrepitud.....	99
El demonio redentor	103
El cíclope del altílo.....	107
Heraldo de la noche eterna	113
LIBRO III	
Contrapuntos de luz y tinieblas	121
El negro hálito de la Muerte	127
Víctima de una posesión angelical	133
El flagelo de las brujas.....	139

El monstruoso reflejo de Dios.....	143
Los misterios del gusano.....	147
Visitante paranormal	153
El veneno más letífero.....	157
La ordalía divina	161
El Evangelio según Lucifer.....	165
La deidad sin rostro	169
Clamores del sepulcro	175